



## Herramientas contra el prejuicio

Ya hablamos sobre el estigma en el texto correspondiente a las viñetas 48\_49\_50\_51\_52, cuando un grupo de “matones de escuela” acosa a Cristina, la hermana de Luis. ¡Pobre Cristina! Tan pequeña, tan asustada. Todos hemos conocido alguna vez al típico matón de barrio, al chico duro que impone sus normas en el patio y en las aulas. Su valentía no va más allá que la de acosar a un pobre niña indefensa. ¡Vaya tipo duro! La verdad es que personajes así suelen ser, en el mejor de los casos, una molestia, un incordio. Pero si profundizamos un poco en ellos, nos damos cuenta de que también ellos son víctimas de alguna manera. La conducta violenta se aprende: ¿Dónde han aprendido esta conducta los que asaltan a Cristina?

*Probablemente en alguna conducta cercana a su entorno, incluso en el hogar. Y si no en ese entorno inmediato, lo han aprendido en la televisión o en los medios de comunicación, donde existe una interesada promoción de la cultura violenta, exaltación de la fuerza bruta y promoción del éxito fácil. Algunos estudios ofrecen un perfil del “matón” que inspira tristeza: hay algunos indicadores que señalan una posible actitud violenta de un menor: temperamento difícil; personalidad altamente extrovertida; impulsividad; tendencia a cuadros depresivos; el sexo masculino; bajo rendimiento escolar en especial asociado con disfunción familiar; baja autoeficiencia; amistades conflictivas. Los niños que desarrollan comportamientos violentos, se muestran como tales en la adolescencia temprana (10 a 13 años). Aún así las circunstancias que se encuentre a lo largo de la vida pueden hacer variar el rumbo iniciado en la infancia y la adolescencia. (“Víctimas y matones”, Paulino Castells).*

Como escribe Paulino Castells, lo mejor es que también se puede aprender a convivir sin la violencia. Y también se puede aprender a evitar conductas estigmatizadoras. El aprendizaje de actitudes positivas como la solidaridad, la tolerancia, la reflexión, la empatía, debe establecerse en un continuo formado por la familia, el colegio, y la sociedad. ¿Alguien puede advertirle al tipo agresivo que su sistema cerebral está a la altura de un hombre primitivo? ¡Tantos miles de años de evolución para esto!

Quizá más culpa que el matón (que ya vemos que es un tipo muy inmaduro), tiene el joven que se sitúa a su espalda, asoma la cabeza y disfruta con el espectáculo. Su actitud de “comparsa” se antoja aún más cobarde y denigrante que la del propio matón. Consiente con la situación de acoso por cobardía, y esa misma cobardía es la que lo sitúa en el papel de cómplice, amparado por el grupo. Obviamente, es indeseable el papel de matón para nosotros mismos, pero tampoco es recomendable el papel del tipo que está a su espalda y sonríe.

En el texto que acompaña a algunas viñetas que vienen a continuación, nos detendremos en actitudes que nos alejan de conductas estigmatizadoras. Pero no estaría mal referirnos ahora brevemente a una brutal herramienta estigmatizadora: nuestro lenguaje.

El lenguaje es uno de los dones más preciados que posee nuestra especie. Nos permite comunicarnos entre nosotros y supone una forma de conocer y manejar lo que nos rodea. Si lo pensamos, es tremendamente útil que cada cosa tenga su propio nombre. Si quiero que mi madre me acerque ese fruto reluciente y jugoso que está sobre la mesa de la cocina, tengo la herramienta más eficaz para hacerme entender: su nombre. Ello evita tener que hacer



## Herramientas contra el prejuicio

extravagantes gestos con los brazos y las manos, señalar infructuosamente con los dedos, o hacer extrañas muecas con la boca que expresen mi necesidad imperiosa de comer. Y así que utilizo por fin el nombre de la fruta, nombre que es herencia preciada de hombres como nosotros que la han utilizado a través de los tiempos:

-Una manzana. –digo por fin.

Y así mi madre, que afortunadamente está dotada de los instrumentos naturales para percibir nítidamente mi voz, vuelve la cabeza, observa la manzana, duda unos instantes, y ya por fin, utilizando a su vez las palabras más eficaces para transmitir su mensaje, dice.

-No. Esa manzana es para el postre de tu padre.

Vemos como el lenguaje sirve para comunicarnos (aunque, como es el caso, no sirva siempre para obtener siempre lo que deseamos), porque nombre tienen los objetos, las emociones, los sentimientos, y las personas, que en este caso tienen sus nombres propios. Lamentablemente, el lenguaje tiene también un uso muy negativo: un uso estigmatizador e insultante. Así, a una persona obesa, por molestar, la llamamos gordo, o nos referimos a ella con expresiones tan poco imaginativas como “¡Está como un tonel! Aparentemente, esta palabra y esta frase no nos implica demasiado emotivamente, salvo, claro, que el tipo obeso sea yo mismo o alguien cercano, un amigo o un familiar. Entonces, cuando nos afecta a nosotros, si que fastidia eso de “gordo”. Y qué me decís del poquito ingenio que trasluce llamarle “gafoso” a un compañero que lleva gafas. Pero vayamos un poco más allá, a terrenos más dolorosos. A quién padece el conocido “Síndrome de Down”, una anomalía cromosómica, podemos estigmatizarlo, separarlo, ridiculizarlo, menospreciarlo, mediante palabras muy duras e insultantes. Si mi hermano o el tuyo padecieran dicho síndrome, a ti también te dolería su utilización. ¿Y si tu y yo la padeciéramos? Particularmente yo prefiero que me llamen por mi nombre y llamar a las personas por el suyo. ¿Y tú? Afortunadamente, las personas con discapacidad intelectual están cada vez más integradas. A ello han contribuido campañas informativas y ejemplos y trayectorias de personas que, a pesar de su dificultad, han conseguido demostrar su voluntad y esfuerzo consiguiendo grandes logros personales.

Algo parecido ocurre con el caso de Luis. El estigmatizador, el hombre primitivo del que hablábamos antes, lo llamará “loco”, “majara”, “chinao”. ¡Qué fácil y que injusto! Ya vimos que la locura no existe. Ni la esquizofrenia, que es un nombre especial que sólo es una herramienta para los médicos. Me permito sugerir que no utilicemos estas palabras, porque el uso de algunas palabras, además, nos dicen muchas cosas –no muy buenas, por cierto- de las personas que las utilizan.

© José Colis, Virginia Galilea